

MEMORIA DEL INCA PERDIDO

Fernando Iwasaki Cauti¹

El psicoanálisis es uno de esos brillantes universos conceptuales invulnerables a toda crítica exógena y en poder de todas las respuestas a las preguntas formuladas desde el interior de su estructura teórica. Reconocer esto, implica admitir de antemano que la obra que presentamos es un compendio de irreprochable rigor intelectual y una de las indagaciones históricas más sugerentes y originales de los últimos años en la historiografía peruana.

A lo largo de los trece capítulos de su libro, Max Hernández describe la encrucijada del célebre mestizo cuzqueño, quien en su afán de reconciliar dos acervos culturales en permanente conflicto con la certeza de una borrosa identidad individual, fue primero indio y más tarde español, traductor y luego escritor, militar y después religioso. En suma, al principio Gómez Suárez de Figueroa y finalmente Inca Garcilaso de la Vega. El autor de *Memoria del bien perdido* no nos revela si el Inca llegó a encontrarse consigo mismo a la hora de la muerte. Más bien, se limita a transcribir con sutil ironía el rimbombante epitafio que el propio Garcilaso ordenó burilar en su tumba. La historia está llena de curiosas simetrías, y en abril de 66 falleció otro genial escritor que según la tradición suplicó así cuando se vio ante Dios: «Yo, que

1. Texto leído en la presentación del libro de Max Hernández *Memoria del Bien Perdido: Conflicto, Identidad y Nostalgia en el Inca Garcilaso de la Vega* (Colección Encuentros, Sociedad Estatal del V Centenario. Madrid, 1992, 212 páginas) en la Casa del Inca de Montilla, el 23 de mayo de 1992.

tantos hombres he sido en vano, quiero ser uno y yo» (Borges 1979: 6). La respuesta que la divinidad le dio a Shakespeare también pudo recibirla el autor de *Los Comentarios Reales*.

No obstante, Max Hernández también recurre a las simetrías para trazar el itinerario del Inca Garcilaso hacia la plena identificación con el padre: el cambio de nombre, la carrera de armas, el exorcismo de su escena originaria y la paternidad clandestina. ¿Ocurrieron los hechos así en realidad? El mérito de interrogar a un sujeto que dejó todas sus respuestas escritas hace más de 300 años radica en la originalidad de las preguntas, y a mí me hace feliz proporcionar nuevos elementos para que Max Hernández siga interpelando al Inca con la misma lucidez.

¿Hasta qué punto la experiencia de Garcilaso es representativa del conjunto de mestizos de la sociedad inicial peruana? *Memoria del bien perdido* parece insinuar que tal cosa es posible y yo me atrevería a matizar esa intuición.

Para un estudioso de la genealogía como Garcilaso,² no podía pasar inadvertida la enrevesada jerarquía de las *panakas* cuzqueñas. María Rostworowski ha demostrado que el cronista mintió deliberadamente cuando afirmó que había visto la momia de Túpac Yupanqui en el Cuzco (Rostworowski 1953: 68), por lo que presumo que esa actitud debió repetirse en otras partes de su obra.

En efecto, cuando Garcilaso se refirió a la descendencia de los Incas del Cuzco apenas mencionó a Beatriz Coya y Leonor Coya —hijas de Huayna Cápac y madres de los mestizos Juan Sierra de Leguizamo y Juan Balsa, respectivamente—, mientras que al resto los confundió señalando que «otros Incas y pallas, que no pasarían de doscientos, conocí de la misma sangre real de menos nombre que los dichos» (Garcilaso [1609]: I, lib. II, cap. XXXVIII). No obstante, Garcilaso dedicó un extenso párrafo a un personaje singular:

De Paullu [Inca] quedó sucesión mezclada con sangre española, que su hijo Don Carlos Inca, mi condiscípulo de escuela y gramática, casó con una mujer noble nacida allá de padres españoles, de la cual hubo a Don

2. Garcilaso redactó un opúsculo titulado *Relación de la descendencia de Garci Pérez de Vargas*.

Melchor Carlos Inca, que el año de seiscientos y dos vino a España, así a ver la corte de ella como a recibir las mercedes que allá le propusieron se le haría acá por los servicios que su abuelo hizo en la conquista y pacificación del Perú, y después contra los tiranos, como se verá en las historias de aquel imperio, mas principalmente se le deben por ser bisnieto de Huayna Cápac por línea de varón y que de los pocos que hay de aquella sangre real, es el más notorio y el más principal (loc. cit.).

A Garcilaso, por lo tanto, no hay que asociarlo con otros mestizos a quienes él mismo no registró nunca, sino precisamente con aquellos a quienes el cronista reconocía calidades especiales y se preciaba de frecuentar. Don Carlos Inca —hijo de Paullu y nieto de Huayna Cápac— fue la imagen en la cual se modeló el cronista, el secreto *alter ego* de Gómez Suárez de Figueroa: ambos nacieron en el Cuzco hacia 1539 y el destino quiso que tuvieran vidas paralelas.

Siguiendo la tradición andina, Paullu Inca tenía numerosos hijos habidos entre varias concubinas y a quienes la Corona legitimó en 1542 a través de una real cédula solicitada por el propio Paullu.³ Sin embargo, en la persona de Carlos Inca el anciano colaborador de Pizarro fundó un mayorazgo que fue reconocido gracias a que Paullu se casó por la iglesia con la madre de Carlos dos días antes de morir. Mientras tanto, en otro lugar del Cuzco, el capitán Sebastián Garcilaso de la Vega abandonaba a su manceba india y a su hijo mestizo por una esposa española.

El pequeño Gómez Suárez debió admirar a escondidas a su «condiscípulo de escuela y gramática», quien a los ocho años ya era dueño del palacio de Collcampata, representante del mayorazgo de Paullu Inca y encomendero de Goayabamba, Yauri Moyna y Pichigua. Mas quizá no era su enorme patrimonio lo que más envidiaría el mestizo Gómez Suárez, sino la integración de Carlos Inca a la sociedad dominante. Ni siquiera desde el aspecto intelectual le superó totalmente, pues el aculturado traductor de los *Diálogos* llegó a admitir años más tarde:

... no conocí indio que hablase español sino dos muchachos, que fueron condiscípulos míos, que desde niños anduvieron a la escuela, y

3. Archivo General de Indias (en adelante AGI), Lima 566.

aprendieron a leer y escribir. El uno dello se llamaba don Carlos, hijo de Paullu Inca (Garcilaso [1619]: lib. I, cap. XXIII).

Ya en la adolescencia del joven Carlos Inca siguió fascinando a Gómez Suárez, porque las dos culturas entre las que el mestizo vivía escindido, competían entre sí para colmar de honores a Carlos Inca. Me permito suponer que la ceremonia iniciática del *huarachico* descrita en *Los Comentarios Reales* fue la del hijo de Paullu, ya que transcurrió en una casa del barrio de Collcampata «que aún yo la alcancé en pie —precisa el cronista—, y vi en ella alguna parte de estas fiestas» (Garcilaso [1609]: lib. VI, cap. XXIV). ¿Quién sino Carlos Inca reunía en el Cuzco los requisitos de legitimidad y limpieza formulados por Garcilaso para superar la prueba del *huarachico*?

Por otro lado, Garcilaso se jactaba en su madurez de haber jugado a las cañas —ejercicio ecuestre reservado a los españoles— durante las festividades de la jura de Felipe II en 1557, pero al parecer lo hizo en la misma cuadrilla del advenedizo Carlos Inca, el más importante jinete no español de aquella justa (Varcárcel 1939: 16).⁴

Sin embargo, mientras el adolescente Gómez Suárez acudió a besar la mano de Sayri Túpac cuando el inca rebelde abandonó Vilcabamba (Garcilaso [1619]: lib. VIII, cap. XI), Carlos inca se inhibió de presentarse ante su real primo, diferenciándose así de todos sus parientes mestizos. La rivalidad entre los *ayllus* de Paullu Inca y Manco Inca bien pudo ser expresión del conflicto entre las *panakas* cuzqueñas, ya que cuando el Virrey Toledo mandó pintar la descendencia de los incas volvieron a brotar las asperezas entre las familias rivales:

Porque en los lienços que embía a S.M. [el Virrey Toledo] pintados de los ingas hizo poner a Paulo Inga padre de Don Carlos en más preminente lugar que al tito cusi iupangui que está rretirado, viéndolo doña maría cusí guarcai, mujer del inga que murió [Sayri Túpac], a la qual hizo el visorrey casar contra su uoluntad con un soldado pobre, ermana ligítima del dicho tito cusi iupangui en casa de Juan Maldonado donde los paños se pintauan, y viendo que una hija del Paulo Inga llamada doña Juana estaua pintada ençima de la doña maría dicha, se enojó y dixo allí

4. En cualquier caso, ni Garcilaso ni Carlos Inca aparecen en la relación de jinetes que el deán Diego de Esquivel y Navia proporciona en sus *Noticias Cronológicas del Cuzco*. Ver la glosa correspondiente en *Antología del Cuzco*. (Porrás Barrenechea 1992, 89-92).

cómo se sufre que su padre de Don Carlos y él estén en más preminente lugar y su hermana siendo bastardos, que mi padre e mi hermano e yo siendo legítimos. Y así se fue con otros ingas sus deudos a quejarse al uisorrey.⁵

La supremacía de Carlos Inca había llegado a su punto más alto cuando se casó con una mujer española e invirtió los roles del «grupo dador de mujeres», para expresarlo en los términos de Max Hernández. Para envidia de sus paisanos, Carlos Inca no sólo cabalgó sobre los recios rocines españoles, sino también sobre la sonrosada grupa de la extremeña María de Esquivel. El indio que poseyó a la mujer blanca debió ser una referencia constante entre sus contemporáneos.

José de Acosta se preciaba de haberlo tratado (Acosta 1979: 310)⁶ y el despectivo Sarmiento de Gamboa admiró su linaje (Sarmiento de Gamboa [572] 1942: 72),⁷ pero la *Declaración de los Quipocamayos* realizada por Vaca de Castro en 1543 definió a Carlos Inca como «muy cristiano... de mucha doctrina, buen escribano, hombre de a caballo, caritativo, diestro en armas y música» (Vaca de Castro 1920: 47). Al exagerado escribiente le tuvo sin cuidado que por ese entonces Carlos Inca sólo frisara los cinco años.

Al viajar a España, Gómez Suárez se convirtió en Garcilaso de la Vega después de fracasar en la probanza de los méritos de su padres, y a partir de ahí agregó el título de «Inca» a su nuevo nombre español, tal como el hijo de Paullo lo llevaba en el Cuzco. Probablemente llegó a sentirse como el propio Carlos Inca entre los españoles de la Península —domando caballos, alanceando enemigos por la Alpujarra y traduciendo del toscano—, cuando a fines de 1602 se encontró con Melchor Carlos Inca, el hijo mestizo de su viejo rival, convertido en su doble-contrario: hijo de quechua y castellana.

5. AGI, Lima 270: Padre Vera a S.M. (Cuzco, 9.V.1572).

6. “Conocí yo a D. Carlos, nieto del Guaynacapa, hijo de Paulo”.

7. “A Don Cristobal Paullo le honro V.M. con titulos y le dio un muy buen repartimiento de indios, con que vivio muy principalmente. Y agora lo posee su hijo Don Carlos. De Paullo quedaron dos hijos legítimos que son agora vivos, llamados el uno el dicho Don Carlos...”.

Melchor Carlos Inca había iniciado gestiones en el Cuzco para solicitar mercedes reales⁸ y en 1601 ya estaba en Lima aprestándose a viajar a España⁹ hacia donde zarpó en la flota de mayo de 1602.¹⁰ El cometido del joven mestizo era el mismo en el que había fracasado Garcilaso de la Vega en 1563: el reconocimiento real a los méritos paternos.

Es posible que Melchor Carlos Inca hubiera entregado cartas del Cuzco al Inca cronista, pues en los *Comentarios Reales* el autor destacó que:

... luego que propuse escribir esta historia, escribí a los condiscípulos de escuela y gramática encargándoles que cada uno me ayudase con la relación que pudiese haber de las particulares conquistas que los Incas hicieron de las provincias de sus madres... Los condiscípulos, tomando de veras lo que les pedí, cada cual de ellos dio cuenta de mi intención a su madre y parientes; los cuales, sabiendo que un indio, hijo de su tierra, quería escribir los sucesos de ella, sacaron de sus archivos las relaciones que tenían de sus historias y me las enviaron (Garcilaso [1609]: lib I, cap. XIX).

En 1603 las *panakas* del Cuzco redactaron un poder y «probanza de su descendencia» para que los mestizos Melchor Carlos Inca, Alonso de Mesa, Alonso Márquez y «el capitán garçilaso de la uega ynga uezino de la ciudad de Uadajoz», solicitaran mercedes en su nombre a la Corona.¹¹ Los documentos mencionados debieron formar parte de las informaciones solicitadas por el cronista para la redacción de los *Comentarios Reales*, pero según sus propias palabras los remitió a Valladolid donde se encontraba Melchor Carlos Inca (Garcilaso [1609]: lib. IX, cap. XL),¹² quien —al parecer y siempre según Garcilaso— se desentendió adrede de ellos:

8. AGI, Lima 34, N^o 15: Alonso Maldonado de Torres a S.M. (Checacupe, 13.IX.1600).

9. AGI, Lima 34, N^o 30, lib. IV, ff. 49-52: el Virrey a S.M. (Lima, 8.X.1601).

10. AGI, Lima 34, N^o 40, lib. V, ff. 19-26: El Virrey a S.M. (Lima, 5.V.1602).

11. AGI, Lima, 472: los descendientes de los Incas a S.M. (Cuzco, 20.III.1603). Este documento aparece reproducido en Fernando Iwasaki: «Las panacas del Cuzco y la pintura incaica», en *Revista de Indias* 177 (Madrid 1986), pp. 73-74. Ver *Comentarios Reales*, primera parte, lib. IX, cap. XL.

12. «Todo este recaudo vino dirigido a mí, y yo lo envié a don Melchor Carlos Inca y a don Alonso de Mesa, que residen en la corte de Valladolid.»

[Melchor Carlos Inca] no quiso presentar los papeles por no confesar que había tantos de aquella sangre real. Por parecerle que si lo hacía le quitarían mucha parte de las mercedes que pretendía y esperaba recibir. Y así no quiso hablar en favor de sus parientes, y él acabó como se ha dicho sin provecho suyo ni ajeno. Pareciéndome dar cuenta de este hecho para mí descargo; porque los parientes allá donde están lo sepan lo que pasa, y no se me atribuya a descuido o malicia no haber yo hecho lo que ellos me mandaron y pidieron. Que yo holgara haber empleado la vida en servicio de los que también lo merecen; pero no me ha sido más posible, por estar ocupado en escribir esta Historia, que espero no haber servido menos en ella a los españoles que ganaron aquel Imperio, que a los Incas que lo poseyeron (Garcilaso [1619]: lib. VIII, cap. XXI).

La breve cita anterior contiene una acusación, un descargo, una coartada y una duda elemental sobre su propia obra. No es verdad que Melchor Carlos Inca acabara «sin provecho suyo ni ajeno», pues en 1606 la Corona le hizo merced de 8,500 ducados de renta, un Hábito de la Orden de Santiago y permiso especial para casarse con una noble española (Lohmann 1947: 199-201), aunque ya en 1599 había contraído matrimonio en el Cuzco con otra española.¹³ Por lo tanto, sospecho que Garcilaso volvió a mentir en esta ocasión: el descargo, la coartada y la duda eran verdaderas, mas la acusación y las circunstancias falsas: Garcilaso nunca envió a Melchor Inca los documentos de sus parientes del Cuzco.

El encuentro del mestizo hijo de india con el mestizo hijo de española tuvo que desencadenar inefables pasiones ante la evidencia de la opuesta fortuna de ambos. Para mayor afrenta al refinado escritor, el joven Melchor había redactado un extenso *Memorial* donde narraba la historia de los Incas y la de su familia, acaso el antecedente directo de los *Comentarios Reales*.¹⁴

-
13. En primeras nupcias se había casado con Leonor Arias Carrasco y en Madrid casó con María de Silva (*Ibidem*, p. 199).
 14. Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 20193: *Ascendencia de don Melchor Carlos Inca*. La historiadora Ella Dunbar Temple menciona este documento en varias ocasiones, a veces dando como única referencia "manuscrito inédito del Archivo de Indias de Sevilla" y en otras "manuscrito inédito de la Biblioteca Nacional de Madrid". Ver sus artículos «Don Carlos Inca», *Revista Histórica*, XVII (Lima, 1948), p. 156, nota 18 y «Azarosa existencia de un mestizo de sangre imperial incaica», *Documenta I - I* (Lima, 1948), p. 133, nota 35.

Garcilaso pudo denostar la memoria de Melchor Carlos Inca sin temor a ser rebatido, porque el mestizo murió en Alcalá de Henares hacia 1610 y sus descendientes estaban demasiado ocupados litigando entre sí por la herencia.¹⁵ Se dice que los vencedores son quienes escriben la historia y ésa fue la victoria que no se le negó al Inca Garcilaso de la Vega. Las tribulaciones de su «historia personal» fueron atenuadas por la magnitud de su «historia general», donde el cronista mestizo acaso al fin se redimió a sí mismo y conjuró a todos sus demonios.

En el complejo inconsciente de Garcilaso habitaron fantasmas que Max Hernández ha desmenuzado uno por uno a lo largo de su estudio. Advertirlos ha significado acceder a la dimensión humana del Inca: sus deseos, frustraciones, psicopatologías e identidades, y —por qué no— también sus rencores, miserias, envidias y mezquindades. El ser humano es todo eso y a veces cosas peores.

La historiografía peruana ha crecido bajo la influencia benigna y a la vez maligna del Inca Garcilaso, porque nadie se había atrevido hasta ahora a explorar las contradicciones del estereotipo garcilacista. El análisis de la envesada personalidad del Inca propuesta por Max Hernández, me sugiere una analogía nacional y otra individual. En el Perú existe la *memoria de un bien perdido* que muchos no quieren buscar porque prefieren pensar que se extravió irremediabilmente en la historia. En lo que a mí respecta, este libro de Max Hernández me hace pensar en qué momento de mi vida lo perdí yo. Esa urgente pregunta me ha hecho venir hasta Montilla a compartir mi estupor con ustedes.

Sevilla, 23 de mayo de 1992.

15. AGI, Escribanía de Cámara 1020-A.